

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 15 DE ABRIL DE 1923

NÚM. 20.032

AFORISMOS Y DEFINICIONES

II



Esto va para todos nuestros lectores, claro es, pero sobre todo para aquel que hizo como que se escandalizaba de nuestro aforismo de que la santidad es una enfermedad de la hipocresía, y que se le llama hipócrita al tonto de repetición, en el orden moral. Y vamos primero con la hipocresía.

Procedamos, a nuestra manera, etimológicamente. Hipócrita quiso decir, en un principio, actor o comediante. Hipócrita es el que representa un papel. Sólo que hoy no se le llama así más que a quien se cree que lo representa sin sentirlo. A pesar de lo cual, hay hipócritas que sienten profundamente el papel que representan y que quisieran ser lo que fingen ser. Y como, por otra parte, persona significó la careta de escena, la máscara trágica o cómica, y luego el personaje representado, he aquí que la hipocresía y la personalidad son hermanas mellizas, si es que no son una sola y misma cosa.

Arturo Schopenhauer, en sus «Aforismos para la sabiduría de la vida», distingue entre lo que uno es, lo que tiene y lo que representa. «Lo que uno es—dice—, o sea la personalidad en el más amplio sentido.» Y luego: «Lo que uno representa: bajo esta expresión se entiende, como es sabido, lo que es en la representación de los otros, o sea propiamente como se le representan los otros.» Pero aquí hay, sin duda, una contradicción íntima, cual es la de que la personalidad, lo que se es, no es sino representación; uno se es lo que los demás se le representan.

Y aquí conviene detenernos en esto de «uno se es». En español las expresiones «se es bueno» y «uno es bueno» son sinónimas, pues tanto el *se* como el *uno* los empleamos con el valor del francés *on*, en catalán *hom*, o sea «hombre». Pero conviene introducir una diferencia entre *ser* y *serse*. Cuando en el soneto de Cervantes, del diálogo entre Babelia y Rocinante, dice éste que «asno se es de la cuna a la mortaja», queremos ver aquí algo más que la necesidad de redondear el endecasílabo. Otra vez dice Sancho: «... yo de mí me soy pacífico...» Ser no es lo mismo que *serse*. Un animal, aunque sea humano, es; una persona, se es. *Serse* es propio de la personalidad,

Y el asno de que hablaba Rocinante, el asno enamorado, así como el que ultraja a su amo, tiene personalidad, se es.

Serse es ser para sí, y ser para sí es ser para los otros y en los otros. El que no es en el otro y para los otros, el que carece de representación, no se es, no es para sí, carece de personalidad. Y cuando se mira al espejo no se ve. Es decir, no se mira.

El animal que uno es no pasa de ser; la persona que uno es, se es. Y esta persona es el hombre histórico, el que hace su papel en su tablado, en su mundillo, el que representa, el actor, el hipócrita. Y he aquí por qué los hombres, cuando son algo más que animales, codician alguna representación. Siquiera la de mayordomo de cofradía o de concejal para lucirse en la procesión.

¿Quién se es uno? El que representa,

el que es para los otros. Si las representaciones que de mí—pongo por caso, de persona o de actor, o sea hipócrita—tienen A. B. C. D. E., etc., se fundieran en una representación compuesta—a la manera de las fotografías compuestas de Galton—, esa representación compuesta y colectiva, con su nimbo de contradicciones, sería más el yo que me soy que no el que me figuro ser; sería mi yo histórico, mi personalidad extrínseca, el papel que represento en nuestro mundillo. ¿Que eso daría la leyenda que de mí se han forjado los demás? Pero, ¿es que no tengo mi leyenda de mí mismo, en autoleyenda?

Hay, es cierto, el que uno cree ser y el que quiere ser; pero hay el que los otros creen que es y el que quieren que sea. Y éste, que es su papel, se le impone. Los papeles nos los distribuyen los demás. Y el deber de cada uno es repre-

sentar lo mejor posible el que le tocó en el reparto.

La sociedad humana no es más que una compañía dramática—unas veces de verso, otras de prosa, otras de zarzuela y a las veces de ópera—, y el ser social no es sino ser hipócrita. Y hay que seguir representando hasta que, de puro sabido, se olvida uno de su papel. En la vida pública, civil o histórica, única en que actúa la personalidad—pues en la privada no actúa sino la animalidad o la individualidad—, ¿cuántas veces no tiene uno que seguir defendiendo una causa luego que perdió la fe en ella!

Y uno de los papeles que se representa en el mundo es el de santo. La santidad no sale fuera del escenario. Más aún, es la suprema exaltación de la personalidad, o sea de la representación. Lo de ahogar el yo satánico—satánico, ¿por qué?—es la suprema afirmación de la personalidad. El santo se es santo, representa la santidad.

Eso de que se pueda ser santo sin saberlo es cosa que se le ocurre a un poeta como Guerra Junqueiro, quien nos dice del pastor de *Os simples* que realizó en el mundo la perfección del alma «porque foi bondoso como a lua é calma—porque foi un santo sem saber que o era!...»; pero no hay que fiarse mucho de los santos que aparecen siéndolo sin saber que lo eran. La de la santidad es una carrera o profesión como otra, y de las dos clases principales de santos, los iniciales y los convertidos, los unos ya desde que nacen no maman los vienes y cierran los ojos al mamar para no ver la teta de la nodriza, y los otros, los conversos, se dedican a predicadores para convertirse luego y llorar sus pecados. Y eso de que se crean unos grandes pecadores entra también en su papel, sin que ello quiera decir que no tengan conciencia de su santidad. ¿Hipocresía? Según se toma esta palabra.

San Inigo de Loyola, santo converso, en la famosa carta que desde Roma dirigió al 26 de marzo de 1553 a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús, de Portugal, y en que hace la distinción afonética de los tres grados de obediencia: de ejecución, de voluntad y de entendimiento, trae a cuento lo que refiere Casiano del abad Juan, «que no miraba si lo que le era mandado era útil o inútil, como en regar un año un palo seco con tanto trabajo». Pero es que el abad Juan representaba, por ejemplaridad, la obediencia; su papel era el de obedecer, y



FRAGONARD.—ESTUDIO PARA UN RETRATO

aunque sabía muy bien que el palo seco que se le mandaba regar no había de retoñar, ni dar hoja, ni flor, ni menos fruto, lo regaba, por hacer su papel de obediente o inferior, así como el que le mandaba regarlo se lo mandaba, sabiendo también la inutilidad del efecto, por hacer su papel de mandante o superior. Era el juego o deporte de la obediencia, o, si se quiere, de la humildad. Y en esto consiste la obediencia de entendimien-

to, reduciéndose todo ello a jugar limpio. Aquí pueden hacer los fariseos como que se escandalizan, y estarán en su papel. Porque esta tragicomedia de la historia es una pieza en que cada persona lleva su máscara. Y si se la quita, lo que queda es el animal y nada más que el animal, el individuo. Y si en la representación, y como parte de ella, le veis a un actor, a un hipócrita, a una persona, quitarse la careta, es que lleva otra

debajo. La cara no se le cae a uno mas que de vergüenza. Pero un descarado lleva careta.

En la carta que Renán dirigió a Strauss el 15 de septiembre de 1871, le decía que «este universo es un espectáculo que un dios se da a sí mismo», y añadía: «Sirvamos las intenciones del gran Corego, contribuyendo a hacer el espectáculo tan brillante y tan variado como sea posible.»

Nos queda hacer la aplicación de estos aforismos y estas definiciones a los personajes políticos, a los representantes del pueblo civil, a los actores de la historia política, que es la historia por excelencia.

Pero esta aplicación la hará, en su papel, el lector. Nosotros tratamos aquí de la actualidad permanente o aforística.

Miguel de UNAMUNO

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

EL SENTIDO «LILIAL» DE FLORENCIA

Cómo podrá un viajero de nuestros días ordenar sus impresiones de Florencia, para asimilárselas y convertirlas en alimento educativo? Florencia, como Roma, es múltiple. Hay varias Florencias. Si descubrimos las formas visibles de cada una de ellas, nuestro diálogo interior con la ciudad será más fácil. Florencia ha sido la metrópoli donde toda forma religiosa y civil se ha subordinado a un fin de belleza. Vémosla, pues, como heredera directa del mundo clásico. Pero la inspiración de su arte tuvo dos manantiales que muchas veces confundieron sus aguas: la pagana y la cristiana.

... Hemos llegado, decíamos, a la Plaza de la Señoría; he aquí la sede civil de la tradición florentina. Pero antes de abandonarnos a su contemplación, busquemos, a través de estas calles patrias, el grupo de la Catedral, el Campanile y el Baptisterio, y singularmente el delicioso templete llamado *Or San Michele*. Sobre un doble apoyo religioso y civil elevóse Florencia. La visión sucesiva de sus monumentos nos ayudará a comprenderla. Y como el elemento cristiano tiene prioridad histórica en la formación de Florencia, visitemos hoy las huellas capitales de su arquitectura religiosa.

Santa María del Fiore es la más personal de las catedrales. Imposible desentrañar la filiación concreta de su arquitectura. No hablemos de su fachada, que es obra de nuestros días. Sobre elementos góticos, puso Brunelleschi en el siglo XV la gran corona de su cúpula. Hay más fastuosidad que valor expresivo en la profusión policroma de sus mármoles. Parece el testimonial vital de un pueblo rico; revela un propósito de deslumbramiento. La primera impresión que produce es el asombro. Los detalles os agobian; las estatuas infinitas, inasequibles a vuestro examen, aturden vuestra fantasía, que no puede abarcar la norma total del edificio. Penetramos en el interior, que nos causa una decepción profunda. No alcanzamos a sentir, bajo aquellas naves glaciales, la sensación florentina. Este ámbito no pudo ser el hábitculo espiritual de Florencia. La ciudad no puso en este *Domo* su *Domus*, su verdadera *Casa*, el reflejo inmortal de su divinidad. Pero el Campanile tiene ya ese valor categórico que buscamos; el lirio rojo, emblema florentino, se nos sugiere en la esbeltez de esa torre, columna gigantesca, a cuyo nombre va unido el de su artifice, tan revelador: es el Campanile de Giotto. Ningún artista como Giotto para mostrarnos la Florencia de los orígenes, la Florencia liliat, el momento medieval de la urbe, con sus balbuceos de genio niño, de revoltoso doncel príncipesco.

Toda la vida histórica de Florencia es un lento esfuerzo para separar las dos inspiraciones enemigas que la poseían: paganismo y cristianismo. ¿Para separarlas? O acaso para fundirlas. Jamás ciudad alguna dió al mundo una dinastía semejante de hombres gloriosos. Pero

al reducir a norma cronológica o evolutiva esta dinastía, vemos que se desenvolvió entre dos genialidades capitales: la formación de Florencia comienza en Dante y termina en Miguel Ángel. Y ambos muestran en su personalidad turbulenta y ambigua la posesión de los dos espíritus adversos: el pagano y el cristiano. La diferencia estriba en que el Alighieri encarna el predominio de la modalidad cristiana, y su poder de difusión alcanza a dar la norma épica de toda la Edad Media; mientras Buonarroti encarna el triunfo de la modalidad pagana, hasta el punto de dar la norma plástica del Renacimiento y de la Edad Moderna.

Ciertamente que el Campanile de Giotto no inflama en nosotros una emoción religiosa. No tiene, como ninguno de los templos de Italia, esa intensa virtualidad. Fáltale pureza de concepción; nos desorienta con la cuadratura clásica de sus líneas, coronando los grandes ventanales góticos. Pero no podemos olvidar, en su presencia, que su autor es una espiritualidad genuina y única. Giotto, situado en los orígenes de la gran pintura italiana, no tuvo la levadura pagana que fermenta como un vino tumultuoso en aquellas escuelas, verdadera ejecutoria de Italia. Giotto es el pintor franciscano que dejó sus huellas capitales en esta misma Florencia, en el convento de Santa Cruz, donde reposan Miguel Ángel, Maquiavelo, Galileo y Alfieri; y si hemos de encontrar en su pintura, tan ingenua, el rastro pagano, tendremos que recordar sus personificaciones alegóricas, como las de la Capilla Arena, de Padua. Esa cualidad le acerca a su modelo Dante, tan inclinado también al arte alegórico, como lo fué toda la segunda Edad Media.

Junto a la Catedral, según la primitiva costumbre cristiana, está el Baptisterio; su mole octogonal es anterior a la difusión del arte gótico. Sabido es que su mejor ornamento son las puertas de bronce, de Andrés Pisano y Lorenzo Ghiberti. Y estos dos nombres ya nos descubren la tradición de la Florencia clásica. El primero puso en los bajorrelieves del Campanile una sucinta historia del progreso humano, acabada por Lucas della Robbia. Y esa sí que es una inconfundible impresión florentina. Por

primera vez, las artes utilitarias, los *menesteres*, los oficios, ascienden a categoría de temas bellos. Mirad, esculpido en mármol, el Arte del Tejedor. Desde el friso de las Panateneas hasta ese pequeño grupo escultórico, ¡cuánta distancia! Y, con todo, la misma ley profunda, el mismo ritmo inspira una y otra concepción; la gracia vive eternamente en la una y en la otra. El telar, con su cilindro y sus filaturas, se plasma en formas de nobleza, como recibiendo una dignificación patricia. ¿No es esto la historia misma de Florencia y de todas las repúblicas italianas, reducida a fórmula y símbolo? Genealogías de operarios y mercaderes subirán a la dignidad más alta de las estirpes; los reyes tendrán a orgullo emparentar con ellas; la tiara ceñirá la frente de sus segundones y aun de sus bastardos. Toda la ciudad será grande por ellos, que construirán sobre el taller humilde de sus orígenes domésticos la nueva grandeza civil, émula de la ateniense y de la romana. Mientras el burgo bárbaro se ciementa todavía sobre la brutalidad de los caudillos, la Ciudad italiana se va coagulando en torno a una burguesía laboriosa, hábil en el aprendizaje para futuros dominios, de incalculable trascendencia. Y a manera de cuños de moneda propia, quedará grabado en los frisos de las Catedrales ese nuevo sentido civil.—Ahí está, como prueba, la representación de las artes textiles, en su primitiva pureza, eternizada por el relieve del Pisano. La mujer que tiende la mano derecha a la operaria sentada frente al telar, y recoge con la izquierda el flotante ropaje, tiene una actitud de diosa púdica. Y en la transparencia de sus pechos, bajo la vestidura, persiste el sentido estético de la desnudez.

En las puertas de bronce del Baptisterio ha grabado Lorenzo Ghiberti una percepción más intensa todavía de la tradición helénica. Nunca la imaginería cristiana logró una transmisión más perfecta de la belleza pagana. Los temas del Antiguo y del Nuevo Testamento se incorporan, aquí, en el Panteón clásico. Ved, sobre todo, la Anunciación. La Virgen, de pie ante el Ángel, curva su cuerpo con una airosa flexibilidad que nos recuerda la de algún divino torso griego. Su vestidura dibuja en torno a su cadera, divinamente fecundada, la tensión de un arco... ¡Qué lejos queda la

rigidez hierática de las Virgenes bizantinas! No hay palabras que expresen la gracia de ese gesto, la deliciosa expresión de esa gentileza. Y la Paloma emblemática, desprendida de los brazos del Padre, tiene el vuelo penetrante de una flecha...

Conocida es la frase de Miguel Ángel sobre esas puertas, que le parecieron dignas de cerrar el Paraíso. Jamás la noción simbólica de *Puerta*, como sitio de justicia y manifestación de poder, alcanzó semejante realidad plástica, acentuada por el vigor monumental del bronce.

El *Or San Michele* es otra fusión de la gracia clásica con la cristiana. Creo que éste es el verdadero templo de Florencia, adecuado a la deidad floral de la ciudad. En ese oratorio se han juntado las dos esencias, religiosa y civil; produce una impresión mixta de santuario y lonja. Pensamos en las Casas de Contratación levantinas, verdaderas Seos de vida laica. En efecto, el *Or San Michele* ha servido, en su parte alta, de granero público y archivo notarial. La graciosa eufonía de su nombre, contracción de *oratorio*, une a la caricia del diminutivo familiar una sugestión de áureo relicario. Las estatuas que lo decoran parecen los guardianes celestes de la urbe, los lares de Florencia, esculpidos por mano de sus artífices gloriosos, a expensas de los gremios que impulsaban su riqueza: así el San Matías de Ghiberti, bajo su hornacina gótica, tiene la prestancia de un Sófocles; y con la sabia cadencia de sus pliegues, revelando la línea del cuerpo bellamente varonil, parece asomarse a la bulliciosa vitalidad de un ágora, más que al recogimiento de una calle señorial.

El San Jorge de Donatello tiene otro valor como advocación representativa. No es la sabiduría universitaria, ni la dignidad senatorial, ni la conciencia de soberanía ciudadana. Es la juventud vigorosa y guerrera, transfusión de la sangre de los antiguos púgiles en una raza más ágil que atlética. Procede también de Atenas; pero no viene ya del ágora, sino del estadio. Es acaso la semilla de un futuro *condottiero*, que subirá un día al pedestal ecuestre de la plaza; pero tiene aquella gracia juvenil que en la inspiración de los grandes artistas florentinos será el genio local de la ciudad.—Como David, como Perseo, como la Primavera, San Jorge es el triunfo de la Juventud, la flor victoriosa; su tallo es, todavía, un lirio. Le confundiréis con Paolo Malatesta, ebrio del vino juglaresco de Lanzarote. Y os parece el mito de una apariencia natural divinizada, como los dioses helénicos.

Frente al *Or San Michele*, el palacio del Arte de la Lana completa esa concepción de la Florencia grácil, beso inefable de las artes y del Arte, de la Vida y la Belleza. Todo el mundo futuro palpaba ya en sus entrañas.

Gabriel ALOMAR

LA TENTACIÓN

Yo soy hombre muy ordenado. Pero, a veces, quisiera ser un enamorado infortunado, como el caballero De Grioux.

Salir del método en que vivo relativamente feliz. Me libró de mil cosas, y cautivo me hizo de otras mil...

Librar quiero de este marasmo de prejuicios el corazón, y dejar el bonete de Erasmo por las gudejas de Manón.

¡Oh, la escapada aventurera! ¡Y la viajera del hotel que va con otro y que pudiera quizás querernos más que a él...

Miguel de CASTRO

Ayuntamiento de Madrid



EL RATONCITO ROSA



CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

ALLA en el Japón vivía un emperador que tenía doce hijas, a las que adoraba, y se pasaba la vida pensando en ellas y temblando de que les sucediese alguna desgracia.

Para prevenir toda eventualidad les tenía prohibido salir del recinto del palacio, y por las noches las encerraba en una alcoba, donde todas dormían juntas en un mismo lecho.

Además, tenía tomada una precaución: sólo daba a cada una de sus hijas un par de zapatitos de seda, de suela tan fina, que una marcha de cien metros hubiera bastado para destrozarla. «De esta manera — pensaba el vigilante papá —, mis hijas no se pueden mover del palacio sin que yo me entere.»

Y he aquí que un día notó que los zapatitos, entregados la víspera a las princesas, tenían la suela en un estado lamentable; preocupado, les dió otro par a cada una, y al día siguiente advirtió con horror que las veinticuatro suelas ya ni existían, de destrozadas que estaban. Entonces mandó comparecer ante él a las princesas y les preguntó, inflando con severidad su terrible voz de emperador japonés:

—¿Adónde habéis ido esta noche, bribonzuelas?

Las doce niñas se apresuraron a poner la cara más angelical del mundo, y contestaron a una:

—¡A ninguna parte! ¡No nos hemos movido de nuestra cama!

El emperador comprendió que no sacaría nada en claro de aquellas redomadas hipocritonas, y mandó poner en la puerta de su alcoba una triple cerradura de seguridad, cuya llavecita de oro se colgó del cuello. Al día siguiente las suelas de los zapatos de seda estaban más destrozadas que nunca; y así un día y otro. El desdichado emperador, desesperado, perdió el sueño y el apetito, y hubiera llegado a perder la vida, tal era su preocupación, de no haber sido por cierto ratoncito rosa que...

... Permitid ahora que abandone por un momento la historia de las doce princesas, sus zapatos y su imperial papá, para referiros la del ratoncito rosa.

Figuraos que un buen día la reina de las hadas japonesas celebraba su fiesta onomástica en su palacio de porcelana. Con este motivo daba una gran fiesta, a la que estaban convidados todos los magos, los genios y las hadas del país.

A la hora señalada para el principio del baile todas las hadas fueron llegando, deslumbradoras de belleza y elegancia: la de los ríos llevaba un vestido de escamas de plata, y la de los mares desaparecía bajo sus adornos de perlas; la de los bosques se envolvía en los pliegues de su manto, tejido con hojas de oro, y la de las flores llevaba un traje hecho con pétalos de papel, pues allí todo es de papel, hasta las flores naturales.

Había un hada, llamada Mitsukó, que era algo presumidilla, y cuando sonó la hora de acudir al palacio de su soberana, aún estaba contemplándose en el espejo y colocándose en el moño unas cuantas agujas de coral rosa.

Empezó la fiesta y Mitsukó no había llegado todavía; la reina frunció el entrecejo y, cogiendo un caracol nacarado que le servía de teléfono, ordenó a la retrasada que acudiese en el acto.

Al oír esto la pobre Mitsukó, salió de su casa como un relámpago, subiendo en su carroza aérea, tirada por cuatro libélulas verdes, con tal precipitación que ni notó siquiera que dejaba caer su mágica varita de marfil.

¡Perder la varita mágica! Este es el peor crimen que puede cometer un hada; de suerte, que la entrada de la culpable en el salón de fiestas produjo un formidable escándalo entre la concurrencia.

¡Pobre Mitsukó! En el acto, la soberana, iracunda, constituyó un Tribunal de honor, formado por hadas, magos y genios, y, según las leyes que rigen al gre-

ratón, pues él sabía que en los cuentos suelen suceder cosas singulares.

—No temas—dijo—, no te haré ningún daño y aun te regalaré la corteza del queso; pero te ruego dejes mi almuerzo en paz, pues soy pobre y no podría comprar otro.

Desde entonces el mozo y el ratón fueron los mejores amigos del mundo.

Y un día Mitsukó se coló en el palacio imperial y desde un rincón oyó al emperador hablar con su primer ministro de los disgustos que le proporcionaban sus doce hijas...

¡Ah! ¿Pero es que os creáis que a mí se me había olvidado el asunto de las princesitas? ¡Pues no faltaba más! ¡A ello vamos ahora mismo!

—A quién me descubriese cómo se las arreglan esas criaturas para salir del

introdujo en la alcoba, por el agujerito; las princesas no dormían, se vestían febrilmente, se ponían kimonos de seda y rodeaban su talle con anchas fajas de raso, que ataban atrás en unas lazadas.

Y cuando estuvieron listas, las doce juntas dieron tres golpecitos en la cabecera de la cama, que se hundió en el suelo, descubriendo un ancho boquete, por donde se metieron, sin sospechar que las seguía un pequeño espía, de ojillos maliciosos y hocquito afilado.

La comitiva llegó a un río, donde esperaban doce lanchas, cada cual con un hermoso príncipe. Las lanchas abordaron ante un palacio magníficamente iluminado, donde se internaron las doce parejas.

Toda la noche se la pasaron bailando y, entretanto, el ratón no perdía el tiempo; como prueba de lo que veía, cortó con los dientes un trocito de las moñas de los zapatos, cuyas suelas se destrozaban por momentos.

A la mañana siguiente, cuando el emperador entró en el cuarto de sus hijas, se apresuró, como siempre, a examinar los veinticuatro zapatos.

—¿Qué es esto?—exclamó—. ¿Ya no os contentáis con usar las suelas, sino que también rompéis las moñas?

—Señor—dijo entonces una voz detrás de él—: esos trocitos de tela que faltan en las moñas, he los aquí; los he cortado yo esta noche mientras asistía, invisible, al baile de las princesas.

Y Kotokito refirió, de pe a pa, cuanto a él le había referido el ratón.

—¡Mis hijas bailando!—exclamó el emperador horrorizado—. ¿Acaso no tenéis criadas que se tomasen este trabajo en vuestro lugar?

En castigo, por ser bailarinas, quiso condenarlas a permanecer solteras; pero el buen Kotokito juntó sus ruegos al de las doce niñas aterradas, y el emperador, que en el fondo era un buenazo de primera, acabó, no solamente por perdonarlas, sino que consintió en casarlas con sus parejas.

En cuanto a Kotokito, el monarca, cumpliendo su palabra, le regaló la mitad de sus tesoros, que eran fantásticos.

Pero aún queda lo mejor, y fué que al volver a su choza con su fabulosa fortuna, Kotokito se encontró con que, en lugar del ratón rosa, había una linda joven que le sonreía: era Mitsukó, quien, transcurrido su tiempo de condena, había recobrado su forma natural, que, por cierto, era sumamente agraciada.

Se casaron, y cuando el emperador se sintió morir, llamó a Kotokito y, sin más ni más, le dejó en herencia su trono y su corona.

Kotokito y Mitsukó, emperadores, ricos y adorándose siempre, vivieron dichosos haciendo el bien, entretanto que las doce princesas seguían bailando con sus respectivos maridos, sin acordarse para nada de aquel refrán japonés que dice:

«Japonesitas que estáis bailando, pensad que Buda os está mirando.»

MAGDA DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



mio de la magia, la culpable fué condenada a permanecer durante un siglo bajo la forma de algún animal.

El único privilegio que se le concedió fué el de escoger el animal en que había de ser transformada, y después de pensarlo mucho eligió el ratón, pues en aquel país los ratones no son feos y grises como aquí, sino sonrosados, lindos y graciosos.

Muchos, muchos años vivió Mitsukó transformada en ratoncito rosa; después de todo, el castigo no le pesaba en demasía, pues como era algo curiosa, esto le permitía meterse en todas partes y enterarse de cosas que no la importaban.

Un día se coló por un agujerito en una pobre choza y se encontró con que sobre una mesa había un hermoso trozo de queso de bola; empezó a roerlo, cuando, de pronto, se sintió cogido por una mano de hombre y vió frente a él un japonésito que le sonreía.

—¡No me mates!—suplicó el ratoncito, juntando sus dos patitas.

A Kotokito—así se llamaba el joven—no le sorprendió mucho oír hablar a un

palacio y qué hacen para usar sus suelas—decía el soberano—, le regalaría la mitad de mis tesoros.

¡Lo de cosas que hablaron aquella noche el ratoncito y su amigo Kotokito!

Al día siguiente el mozo se presentó ante el emperador.

—Señor—dijo—: me comprometo a revelaros, dentro de tres días, el misterio de las salidas de las princesas si os comprometéis, a vuestra vez, a regalarme, en cambio, la mitad de vuestra fortuna.

—¡Trato hecho!—contestó el monarca, algo sorprendido—. Solamente te advierto que si fracasas en tu empresa la muerte será el castigo de tu audacia.

Kotokito saludó, muy fino, y se alejó. Aquella noche el ratoncito rosa, que se había colado dentro del palacio sin ser visto, se la pasó royendo la puerta de la alcoba de las princesas.

—¡Y bien!—interrogó ansiosamente Kotokito al verle llegar, trotando, al día siguiente—. ¿Qué hay?

—Paciencia—contestó el ratón—; todo se andará.

La noche siguiente el ratoncito rosa se

«EL PERNETAS»

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. GUTIÉRREZ-GAMERO

(¿Dónde van esos machos
con tanto rumbo?
Son de Pedro Lacambra,
van a Bellullos.
(Cantar popular).

En un restaurant de los más famosos de Madrid hallábanse varios individuos festejando a uno de ellos que acababa de ser agraciado con un título nobiliario, merced a sus servicios en ciertas negociaciones diplomáticas llevadas a feliz término. Ya de sobremesa, saboreando el café y humeantes los cigarros, enredáronse en una animada conversación, muy propia de aquellos momentos en que daba principio la guerra europea. Feliciano Ortiz, un banquero cuyos productivos negocios tiraban hacia Francia, llevaba hasta los cuernos de la luna a los franceses y predecía la inmediata derrota de los alemanes. Perico Portal, el célebre fisiólogo, defendía a éstos, proclamando su fuerza, su férrea disciplina y, sobre todo, su potencia intelectual en lo tocante a investigaciones científicas. Daniel Escobedo, ingeniero de minas y catedrático, ayudaba al anterior en el elogio, mientras Manolo Cifuentes, prestigioso abogado y consejero del Banco Sueco, inclinábase a Francia, aun cuando poniendo en su opinión una de cal y otra de arena, como el que está hecho a defender el pro y el contra, según caigan las pesas. El festejado, Agustín Peñuelas, el reciente conde de Casa Peñuelas, rico de abolengo y muy metido en la diplomacia, decíase español de pies a cabeza, y sin dar la razón a ninguno de sus amigos, sacaba a relucir las máculas y flacos de las potencias rivales, ya en franca y dura batalla, y haciendo justicia a cada una de ellas en lo que fuese de razón, lamentábase de que en la lucha, al fin y al cabo, España pagaría los vidrios rotos, por culpa de su debilidad.

Las filias y las fobias encontrábanse entonces al rojo cereza, y la acalorada controversia habida en el restaurant mencionado era una dulce plática al lado de las disputas, ternos, tacos y porvidas que movían ruido de pelea, en cafés y Casinos, entre francófilos y germanófilos (tal es el calor que suelen gastar los españoles en los jaleos de fuera de casa), hasta el punto de que varias veces hubo, entre los partidarios de uno y otro bando, mientes como puños y puños como mientes, con las correlativas descalabraduras.

Agustín Peñuelas, que en la placidez de su regocijo aristocrático de nuevo molde hacía, con hábiles distinguos y oportunas observaciones, lo posible para que sus amigos volvieran la vista a las desdichas de la madre patria, tan necesitada de huir de aventuras peligrosas, y a la par con el deseo de que los comensales no se saliesen de sus casillas,

dado el fuego bélico del ambiente general de Madrid que a todos cogía entonces, dominaba con su verbo persuasivo cualquier concepto o frase agria, procurando llevar la conversación por el camino de la justicia, que es templanza entre muchos. Pero Daniel Escobedo, vehementemente y duro de mollera, muy saturado de las cosas de Alemania, donde hizo parte de sus estudios, así le ataban

rras, los más se rompen la crisma y los menos hacen su agosto, y usted ve en lontananza y al lado de nuestros vecinos un margen de francos que meter en su faltriguera: por ellos saca usted la cara; me lo explico—habló Daniel Escobedo, con dejo irónico.

—Nada de francos ni de faltriguera, don Daniel. Yo estoy por Francia porque le sobra la razón y va a luchar con-

estariamos en mantillas — intercaló el abogado.

—Caballeros: ¿me hacen ustedes el favor de no hablar más de Francia ni de Alemania?

—Me parece muy bien; pero sin que yo les quite a los franceses todo lo que valen y que reconozco, no me negará el amigo Ortiz que casi siempre nos tratan mal, proclamando *urbi et orbe* nuestra incultura y salvajismo, y lo hacen creer a los ciudadanos de otros países, que es lo más grave. No ha mucho tiempo, un matrimonio alemán, que se proponía visitarnos, escribió a un su amigo de esta corte para que le encargase un par de trajes, uno de maja y otro de torero, y le preguntaban si podrían adquirirlo en la frontera—dijo Perico Portal.

—Eso es una paparrucha—corrigió, malhumorado, Feliciano Ortiz.

—Puedo probárselo—añadió Portal.

—Y yo sé — corroboró Escobedo—que cuando la Sociedad de Conciertos escribió a Grieg, el sabio músico, para que viniera a España a dirigir uno, contestó que vendría, pero con la condición de que se le garantizase su seguridad personal.

—No lo puedo creer—replicó el banquero.

—Pero si no hace falta ir tan lejos. No hace muchos días he leído en una revista parisiense cierta novela en que un escritor muy conocido habla de las caprichosas manolitas que prolongan las mantanzas en las Plazas de Toros excitando los furibundos celos (*jalouses*) de los toreros. Si quiere usted, francófilo rabioso, le traeré la citada revista —habló Perico Portal.

—Señores—atajó el conde de nuevo cuño, viéndole que el altercado subía de punto—, unos y otros exageran. Ese odio ciego a las cosas de España, y el sistemático anhelo de denigrarnos de mala fe, según el gran polígrafo español, ha cesado y pertenece a la Historia. Así como todos los españoles que poseemos el sentido de la realidad reconocemos y proclamamos los grandes méritos de Francia, cuya influencia no es posible negar, de la propia manera los franceses que no viven únicamente en Montmartre reconocen el nuestro.

—Exceptúe usted a los literatos—corrigió Escobedo.

—No hay tal excepción — continuó Peñuelas—. Lo que sucede es que el gastado y pretérito tipo español de bajo vuelo, el de la pandereta y el de las cajas de pasas, resulta pintoresco, y el novelista, para darse tono de conocedor de nuestras costumbres, pone en sus obras brochazos de color local, sabiendo que así da gusto a sus lectores.

—La culpa la tienen los toros, los toreros y las bailarinas flamencas—interrumpió Manolo Cifuentes.

—Tampoco eso es cierto — siguió di-



la lengua como si llovieran pepinos y ponía a los franceses como un regalado guñapo, por egoístas, soberbios, echadores de humo, imperialistas, falsos demócratas y siempre dispuestos a pegarnos un puntapié, como han hecho cuando les ha venido en gana, a ciencia y paciencia de los españoles borreguiles.

—No diga usted semejante cosa, hombre de Dios. Si no hubiera sido por Francia y los franceses andaríamos todavía con taparrabos — exclamó Feliciano Ortiz.

—¡Canastos!... Tanto como eso, no—interrumpió Manolo Cifuentes.

—¡No me quedaba más que oír! Vámonos, amigo Ortiz: como en todas las gue-

tra las demasías del militarismo alemán en defensa de la civilización, de la libertad y del progreso — corrigió Feliciano Ortiz.

—¡Ahi le duele!—habló Cifuentes.

—¡Calma, caballeros, un poco de calma!—dijo Peñuelas.

—Pero ¿usted cree que se puede tolerar lo del taparrabo?—vociferó Escobedo—. Por lo visto, Ortiz desconoce la Historia y no sabe que antes de que los franceses tuvieran a su Molière, a su Racine y a su Corneille, tuvimos nosotros al arcipreste de Hita, a Fernando de Rojas y a Cervantes y a...

—Y ellos la revolución, por la cual gozamos de derechos de los cuales sin ella

ciendo el diplomático—. Tan aficionados a lo que aquí se llama *fiesta nacional* son los habitantes del Mediodía de Francia como nosotros, y en cuanto a las bailarinas, festejadas y aplaudidas por su garbo y su gracia, la culpa es de su fama, que viene desde hace siglos, desde aquellas famosas gaditanas que iban a Roma para regodeo de la gente *pro*.

—Buen defensor les ha salido a *nuestros amigos* de allende el Pirineo!—murmuró Perico Portal.

—Me pongo en lo justo.

—¿Y el caso de Grieg?

—Si ese caso fuese verdad, querido Perico, tenga usted en cuenta que ese músico notabilísimo (sus obras me encantan), metido en su labor allá en su lejana tierra, maldito si se ha ocupado de las cosas de España; y si algún compatriota con mala intención, o con un evidente atraso de lo que acá ocurre en los tiempos actuales, o refiriéndose a épocas muy remotas, por fortuna, le ha soñado que en nuestro país no se pueda viajar sin la escolta de la Guardia civil, es muy lógico que el hombre, antes de emprender la caminata, quisiera tomar precauciones.

—Esas épocas ya pasaron y hoy todo el mundo tiene la obligación de conocerlos—interpuso Escobedo.

—Exacto; pero han dejado huella que en algunas personas perdura y continúan creyendo lo que creían los extranjeros cuando Fernando VII *gastaba patetó*. Y para recordar aquellos ominosos tiempos, trayéndolos a más acá (supongamos que por los años entre 1830 y 1840), voy a referirles una historia—a propósito de lo de la *huella*—, si no les cansa mi relato, en la cual historia saldrán nombres supuestos, porque los herederos del principal actor viven y son gentes honradísimas a quienes no quisiera causar la menor molestia. ¿Hace?

—Pues no ha de hacer!—dijeron casi a coro los comensales, y el nuevo conde de Casa-Peñuelas habló así:

«Entonces, para hacer un viaje por Andalucía (la tierra donde nacieron Pedro Lacambra, José María, Juan Caballero y los siete niños de Ecija) en coche de colleras, o de cualquier otro modo, precisaba, con objeto de ahorrarse graves disgustos, conseguir, mediante valiosas influencias, un salvoconducto del bandolero ejerciente, por si salía al camino una partida de los suyos, que dejara libre el paso y no molestase al atrevido viajero. Con esta precaución podía ir desde Madrid a Sevilla, seguro de llegar sin más desavíos que el traqueteo del vehículo rodando por infames carreteras, las mudanzas de tiro, los juramentos del mayoral y el inicuo trato de las posadas donde decían que se daba de comer.»

—Viva don José de Salamanca, que nos trajo el ferrocarril!—exclamó Portal.

—Viva el famoso prócer y viva el progreso, que ha cambiado la faz de España!—habló Peñuelas.

—¡Gracias a los franceses!—intercaló Ortiz.

—¡Vaya por los franceses!... ¿Sigo?—interrumpió el narrador.

—Siga usted, hombre, y no haga caso de Feliciano—corrigió Cifuentes.

«Pues, como iba diciendo, merced a las medidas de los Poderes públicos y, sobre todo, a la hostilidad de los ciudadanos, ya más dentro de la civilización, el tránsito por las vías andaluzas y las estribaciones de Sierra-Morena hizo más tranquilo y sin el salvoconducto susodicho. Pero si desaparecieron aquellos bandidos generosos, héroes entre la plebe ignara, que robaban al rico y socorrian al pobre, constituyendo leyendas y romances pregonados en villas y aldeas por ciegos profesionales, de toda aquella

inverecunda escala quedaron hijuelas, dígame sucesores, si no tan prestigiosos ni abundantes, con tantos o más arreos para sacar provecho del que caía por su banda; y así, en cada región, y mejor si era montañosa, de muchos escondrijos y recovecos, surgió un *valiente*, terror de la comarca y amo de ella, para asaltar al incauto transeúnte, meterle en una covacha y luego pedir por su rescate un montón de duros, so pena de cortarle la cabeza si el dinero no acudía pronto. En los días a que aludo había en la mencionada Sierra-Morena un mozo de esta calaña, joven, despierto y emprendedor, a quien llamaban *El Pernetas*. Rozamientos con las gentes de su pueblo y su carácter de poco aguante, hicieronle, ayudado de varios compinches de su laya, echarse al campo, a fin de *manipular* en terreno conocido y quedarse con lo ajeno, por las buenas o por las malas. Hombre de alguna cultura que aprendió en la escuela, y con la sangre de guerrillero, tan abundante en nuestro país, no había senda, revuelta ni camino real o de cabras que no supiera de punta a cabo, con más la noticia de los que iban a pasar, que para eso disponía de buenos informadores hasta en Madrid.

«Valiéndose de tan poderosos medios, y sin prescindir del secuestro cuando valía la pena el *atraco*, su gente en círculo y la escopeta a la cara, hizo *El Pernetas* con una buena pacotilla de pesos fuertes, la suerte en su favor, pues no tuvo con la autoridad persecutora mas que algún ligero tiroteo, sin consecuencias sangrientas, y muchos murmuraban que la tal autoridad marchaba por el lado opuesto al que *El Pernetas* iba a ejercer. En honor de lo cierto he de decir a ustedes que la opinión de sus contemporáneos no le achacaba asesinatos ni extremadas violencias: algún castigo de vapuleo al que le engañaba, más fuerte si era uno de los suyos, por incumplimiento de órdenes indiscutibles, y nada que le abriera el camino del patíbulo.»

—¡Vamos! ¡Un filántropo!—atajó Cifuentes.

—¡Hombre, no! Un cuco; porque cuando se vió bien repleto de dinero y harto de la vida de trasmano, siempre peligrosa, pensó *El Pernetas* en dar punto a sus fechorías.

—¿Y lo consiguió—interrogó Daniel Escobedo.

«¿Cómo conseguirlo? Sus hazañas no era posible borrarlas. Las supremas autoridades de la provincia: gobernador, jueces y caciques, de quienes se burlaba, profesábanle un odio mortal. ¿Dónde hallar el mágico poder que le dejase libre de castigos y limpio de pecados tal y como su señora madre le echó a este mundo? Por más que el hombre se devanaba los sesos, no caía en la manera de quitarse de encima su truculento bagaje. Y ahora vamos a olvidar momentáneamente a *El Pernetas* y a dar un salto tremendo, si ustedes me lo permiten.»

—¿Adónde nos lleva usted?—preguntó Ortiz.

«Les llevo a Londres. En Londres, y en casa de nuestro embajador varias personas, también de sobremesa como estamos nosotros, entre ellos un inglés joven, millonario, gallardo, amante de España, aun cuando sin haberla pisado, que chapurraba el castellano, aprendido por afición a nuestra literatura, y, sobre todo, entusiasta de la tierra de María Santísima, imagen del paraíso, cuajado de bellezas naturales y con unas mujeres, ardientes y voluptuosas, que quitaban la cabeza. Hablábale de un secuestro ocurrido entonces casi a las puertas de Córdoba; los más de los comensales censuraban, con la mesura propia de un

inglés bien educado, la lenidad del Gobierno, que no ponía mano en semejantes desafueros; los concurrentes españoles fundaban la disculpa en el desmayo del principio de autoridad por razón de las guerras civiles, y todos proponíanse no poner jamás los pies en un país donde salta un secuestrador cuando menos se cata. Pero mi inglés, a quien llamaré lord Francis, dijo muy claro que él haría el viaje a España, desde Irún hasta Cádiz, sin tomar precaución de ningún género, para ver si topaba con algún secuestrador, y que si le secuestraban pagaría el rescate, importándole bien poco gastarse unas cuantas libras esterlinas a cambio de vivir algunos días a la vera de aquella pintoresca canalla.»

—¡Claro! Ahora vendrá *El Pernetas*, con lo cual ya conocemos el final de la historia que le hemos chafado a usted—dijo Cifuentes.

—No, señor. Nada de eso. Mi historia es una charada cuya solución no la ve usted. Saldrá *El Pernetas* a su debido tiempo, amigo Cifuentes.

—¿Quiere usted no interrumpir al orador, querido Manolo?—interpuso Escobedo.

—Callo y escucho.

—Pues, continúo; pero si canso, me meto la lengua en el bolsillo y... se continuará otra vez.

—No, hombre, no. A mí me resulta interesante—exclamó el francófilo don Feliciano Ortiz.

—Pues sígo. «Tozudo el inglés, como si hubiera nacido en Ateca, púsose en camino, bien provisto de dinero y de recomendaciones, una muy expresiva del embajador para el duque de Benidorm, su pariente, y llegó a Madrid sin hallar ningún bandolero; el linajudo prócer se hospedó en su propio palacio, ambos simpatizaron, y, como era natural, un día surgió la conversación acerca de bandidos, robos, asesinatos y secuestradores.

«Que se le quite a usted del magín ese afán de correr aventuras novelescas. Usted irá a Sevilla a pie, en coche, a caballo o como le plazca, y no le asaltará ningún bandolero nada más que con saber que es usted mi huésped—debió decirle el duque a lord Francis.

—No, señor. Yo he venido a la deliciosa España para que me secuestren o, al menos, para conocer de cerca a esos valientes ladrones, y si preciso fuera me alistaré en la compañía del más famoso y haré vida de bandolero—debió contestarle al duque.

—No le dejaré a usted marchar—debió reincidir el duque.

—Me escaparé—debió replicarle lord Francis.

—Si se contenta usted con el conocimiento *de visu* de esa gente, vamos a hacer una cosa—habló el duque.

—Veamos.

—Justamente, no lejos de lo más áspero de Sierra-Morena, poseo una finca. Le convido a usted a pasar en ella unos días. Disfrutará usted de una espléndida naturaleza, soberbios árboles, abruptas peñas, cristalinos arroyos... Un verdadero encanto. Por aquellos contornos anda *El Pernetas*, un ladrón de fama y secuestrador también, a quien conozco y me respeta. Escribo a mi apoderado para que avise al susodicho y se presente en el cortijo, y una mañana nos vamos con él de caza y hasta penetraremos en cualquiera de sus guaridas, si usted quiere.

—Aceptado, sobre todo si hay que correr algún peligro—dijo lord Francis.

—Ninguno.

—Lo siento; pero vamos allá.

«Y ambos personajes se plantaron en el cortijo del duque de Benidorm.

«Lo que allí acaeció lo conozco muy bien, porque la persona que me ha re-

ferido la historia de *El Pernetas* dióme tantos detalles que puedo proseguirla como si todo lo hubiera visto por mis propios ojos.

«Almorzaban, bajo el emparrado de la finca, el duque y su huésped, cuando, en compañía del aperador, se presentó *El Pernetas*. Figurábaselo lord Francis un hombre casi negro, el cabello crespo, patillas de *boca de jacha*, de recia catadura, facha de troglodita, grosero y ordinariote, y fué grande su sorpresa al ver delante de sí a un individuo vestido con cierto buen gusto, a la usanza del país, ni alto ni bajo; la cara, de facciones agradables, toda rasurada; con aire gallardo, respetuoso; nada de estar cohibido por la presencia de los dos próceres, y menos parecer un feroz bandido; el trabuco sobre el hombro, las pistolas en el cinto, el pañuelo de seda rodeando el cráneo y, sobre el pañuelo, el sombrero de catife.

«Hicieronle sentar; departieron largamente acerca de la hermosura de aquel país; les habló *El Pernetas* de algunos sitios recónditos, y sólo de él conocidos, en lo más espeso del monte y muy dignos de ser visitados, sin que en la conversación se tocara, por supuesto, a nada referente a secuestradores ni a robos; y tal se mostró de simpático y cortés el bandolero, que lord Francis hubo de pensar si todo ello era pura broma del duque, siendo preciso que el aperador, así que se fué *El Pernetas*, confirmase las noticias de Benidorm, contando pormenores de las *hazañas* del saltador de caminos para que el noble inglés se convenciera.

«Antes de ausentarse *El Pernetas* acordaron ir con él de caza un día próximo, para cobrar conejos y perdices, tan abundantes en aquellos contornos. El inglés acogió la idea con entusiasmo, y en la fecha convenida los dos personajes, con *El Pernetas*, fueron tan guapamente, un pie detrás de otro, pues las sendas y escabrosidades por donde iban a caminar eran más propias de infantería que de caballería. Así llegaron a lugares sobremedera encantadores, que produjeron vivo entusiasmo en lord Francis, y al cabo de unas tres horas, ya a punto del retorno al cortijo, descargadas las escopetas y un acólito del bandido con lo cobrado auestas, *El Pernetas*, sonriente y amable, dijo:

—Perdone vucencia, señor duque. Vucencia, con mi criado, que conoce el camino, dará la vuelta a su finca; pero lord Francis se queda conmigo.

«La indignación del duque pueden ustedes imaginársela.»

—Claro. Ahora, el secuestro del inglés y la petición de libras esterlinas para el rescate—interrumpió Ortiz.

—No va por ahí el agua del molino. Un poco de calma, y con otro *ea*, llegamos a la aldea, como reza el dicho vulgar—repuso Peñuelas.

Y prosiguió:

«Si en aquel instante se llevara de su genio el sorprendido Benidorm, habría cargado su arma y hecho fuego sobre *El Pernetas*, por el papel ridículo en que le dejaba; pero lord Francis, tranquilo y sereno, detuvo sus ímpetus, gozoso—para sus adentros—, porque la decisión del facineroso era conforme a lo que él hubo sabido en su tierra acerca de los que campaban por sus respetos en Andalucía. —Después de todo—decíase—, haré vida común con estos pintorescos ladrones y satisfaré mi curiosidad aventurera, que luego contaré en Londres.

—¡Bien me la has dado, bribón! ¡Inbécil yo, que me he fiado de ti—dijo el duque a *El Pernetas*.

—¿Qué le hemos de hacer, señor duque! Así se han puesto las cosas—habló aquél.

—Ya me las pagarás, tunante. Por el pronto dime cuál va a ser el destino que reservas a mi amigo—interpuso el prócer, todo corrido y avergonzado, mientras el inglés oía el diálogo como si no se tratara de su libertad.

—No pase vucencia cuidado por su amigo, que no corre ningún riesgo. Yo procuraré entretenerle mientras...

—Sí, mientras te llega el dinero que pidas. Dime cuánto quieres y acabemos, interrumpió el duque.

—De eso ya hablaremos—contestó El Pernetas.

—Si antes no te echa mano la justicia.

—¿Tendría que ver!—corrigió con sorna el secuestrador.

Y como las horas no se esperaban, el duque abrazó a lord Francis, no sin verdadera emoción; el inglés correspondió al cariñoso abrazo y cada cual se fué por su lado.

No bien llegó el duque a Madrid se preguntó si sería conveniente ver al ministro de la Gobernación para enterarle de lo ocurrido y que desplegase toda su fuerza, a fin de rescatar al inglés y traerle sano y salvo, pues aquello era una vergüenza que recaía sobre España; pero bien meditado, prefirió aguardar, en espera de que recibiese noticia de la suma exigida por el secuestrador. El cual no daba cuenta ni de su persona ni del preso, y ya temeroso el duque de lo desconocido por ignorado, resolvió mover a Roma con Santiago, avisando al embajador de Inglaterra, al ministro, y si nada se lograba por este medio—dar él mismo la vuelta al cortijo, entrevistarse con El Pernetas y plantearle rotundamente la cuestión de los cuartos, que Benidorm hallábase resuelto a poner de su bolsillo, fuese lo que fuese, que tal era su deber como causante de tan desagradable suceso. Resolvieron callarlo, por mutuo acuerdo, para impedir el consiguiente escándalo, del que los periódicos de oposición sacarían punta, con mayor motivo tratándose de un súbdito inglés; mas a la par el ministro dispuso una batida en los sitios donde, a mansalva, imperaba el bandolero, enviando en su busca y captura un buen golpe de soldados.

Todo fué inútil. Ni El Pernetas ni su gente parecían. Habíanse disuelto como la sal en el agua. Los sabuesos del Poder central iban de un punto a otro sin tropezar con el menor indicio. A las veces figurábanse haber cogido la pista, y cuando se las prometían muy felices llegaban tarde...

—Sí, como los de la conocida zarzuela. *Nous sommes les carabiniers—la sécurité des foyers—et par un malheureux hasard—nous arrivons toujours trop tard*—atajó Cifuentes.

—¿Que si durante esas pesquisas—continuó relatando Peñuelas—supo el duque de lord Francis? Supo de él, y algo hubo de tranquilizarse porque recibió una esquela, de puño y letra del prisionero, que decía: *Estoy loco de contento y por ahora no quiero abandonar mi cautiverio*. Ni una palabra más ni una palabra menos.

—¿Cómo abandonar su cautiverio si era delicioso? Le llevó El Pernetas a una casa de campo muy lejana de sus operaciones y en ella preparó cuanto de comodidades pudo imaginar, con objeto de hacer grata la vida a lord Francis todo el tiempo que allí estuviese. Limpia mesa, buena comida, blando lecho, chismes de aseó, ropa casi al cuerpo del inglés, espaciosa habitación, por cuyas ventanas se asomaban, al abrirlas, olorosos jazmines, embalsamando el ambiente, y como emplazamiento de la prisión un naranjal, entonces en flor, y por horizonte la enhiesta montaña de suaves y dulces tonos al caer de la tarde. ¿Vigilancia? Ninguna. Lord Francis dió palabra a El

Pernetas de no marcharse sin su autorización, y desde entonces tuvo permiso para entrar y salir, según le pidiera el cuerpo. ¿Qué más podía pedir el bueno del inglés? Pues pedía más. Verán ustedes. Servíale de ayuda de cámara un mozo listo, criado en la capital de la provincia, adicto en cuerpo y alma a El Pernetas, y a la mesa dos muchachas serranas, que eran una bendición de Dios, arreadas según su humilde clase, morenillas, de ojos risoteros, de carnes bien repartidas y ambas en esa sazón de aquella manzana a que se refería la poetisa de Lesbos, que no podía ser cogida por lo alta que estaba. Sería la más baja, y alegre la más esbelta; de ésta se enamoró el inglés, ideando, cual término y finiquito de su romancesca aventura, una fuga con aquella virgen andalu-

mara sería cosa facilísima, pues ello cifrábase en el precio, cuya monta importábase muy poco al millonario. Precisaba, pues, perfilar el plan de la escapatoria y ejecutarlo cuanto antes, porque los tráns pecuniarios entre el duque y El Pernetas estarían al caer, y el día que menos lo pensara vería lord Francis llegar al palacio encantado, mansión de la amada, al duque y los suyos, con El Pernetas a la cabeza, para reintegrarle en su cabal personalidad y perdido prestigio.

—¿Cómo dudar que aquella preciosa palurdilla, acostumbrada únicamente al trato de patanes y de gente villanesca, habría de resistir a los halagos y ofertas de un gentleman que en su tierra figuraba entre lo más apuesto y coruscante de la sociedad? Con el tira y aflo-

ro retirarme del oficio, quiero casarme con una muchacha que, por cierto, no le parece a su amigo el inglés saco de granzas; tener familia y, si para ello fuese preciso, irme muy lejos; al punto que su excelencia me mandara, me iría en seguida. Sin ser esto amenaza, pongo en su conocimiento que, mientras dura el trámite de mi solicitud, me quedo con lord Francis, que cambiará de residencias según las necesidades, porque la que ahora tiene le podría ser algo peligrosa. Nada de hacerle daño; siempre ha de estar bien comido, bien servido y bien cuidado; pero suplico reverentemente a vucencia, después de pedirle perdón por la estratagemas que he puesto en planta para conseguir meterme entre los hombres de bien, que emplee todo su valer en mi beneficio y me habrá hecho el más grande favor que nadie me pudo hacer, y también a los que quieran cruzar estos andurriales, limpios de cualquier desagradable sorpresa en cuanto yo tome el portante. En sus nobles manos está mi suerte y la libertad de su amigo. Por lo tocante a dinero, no me envíe vucencia recaditos. Lo que pretendo vale más para mí que todo el oro del mundo. Queda pendiente de vucencia y besa humildemente su mano, su respetuoso servidor, Pedro Rijales (a) El Pernetas.

—Y naturalmente, llegó el indulto—dijo don Feliciano—. ¿Cómo no, si esto de los indultos en España es como coser y cantar?

—Antes de que llegara, y no tardó mucho—repuso el conde de Casa-Peñuelas—, el inglés pasó una rabieta de dos mil diablos. Noticioso El Pernetas, por su confidente, de que lord Francis iba a mayores con la moza, despidió la servidumbre joven, y en su lugar puso dos mujeres de edad provecha, capaces de dar un susto al propio miedo. Hallarse entre dos apetecibles hijas de Eva o entre dos monas de Mequinez, elección nada dudosa, supole muy mal a lord Francis, y cuando a la hora del almuerzo se le presentaron las sustitutas, señal evidente de la desaparición de la preferida, se quejó a gritos, no quiso probar bocado y desde entonces hizose procaz, exigió la inmediata presencia de El Pernetas y ya no hubo manera de resistirle. Por fortuna, vino, en esto, el indulto de Pedro Rijales, alias El Pernetas; fué el mismo duque a recoger al irascible inglés, el cual, mohino y barbicaído, salió de la casita donde creyó haber logrado una aventura de las que hacen época en la vida de un hombre, llena su cabeza de fantasías novelescas, y *colorín colorao, mi cuento ya se ha acabado*.

—Algo soso—dijo don Feliciano.

—¿Qué quería usted? ¿Que hubiese imaginado la fuga de Angélica y Medoro, y tras ellos El Pernetas para cogerles y poner fin a sus días a trabucazos o mediante la navaja cachicuerna? Yo relato la verdad y no pongo nada de mi santiscario.

—Pero ¿es eso verdad?—interrogó Perico Portal.

—Y tan verdad. En un lugar de la Mancha...

—Hombre, ¿nos va usted a colocar el Quijote?

—En un lugar de la Mancha—digo—, cuyo nombre debo callar, reside la persona que me ha referido el hecho de autos.

—Pues respetemos el secreto de Peñuelas y levantemos la sesión—insinuó Escobedo.

—Y de las filias y las fobias, ¿en qué quedamos?—preguntó Perico Portal.

—En que dentro de cien años... todos calvos.

E. GUTIERREZ-GAMERO
De la Real Academia Española.

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



za, flor campestre que, al arrimarle la fuente con el cocido, despedía un olor entre tomillo y verbabuena. Pero la conquista de la gentil muchacha no resultaba fácil ni era pan comido. Alguna chapurrada indirecta, excitante de la risa de las jóvenes; alguna aproximación cuando al ofrecerle los sabrosos manjares se rozaba el brazo de la sirviente con el del inglés, y pare usted de contar. Espiando una ocasión propicia, lord Francis desbordó sus ansias, y la chica, huyendo el busto codiciado, aunque sin rebotadas ni groseros desplantes, se le escapó de entre las manos como una inquieta anguila. Pero ello vendría, ¡pues no faltaba más! Todo era asunto de paciencia y de no cejar un momento. Lo contrario hubiera sido flagrante negación de lo que lord Francis hubo aprendido en sus lecturas y un mentis a la Naturaleza, que asignaba a las hembras españolas, y principalmente a las nacidas bajo el ardiente sol de Andalucía, una sangre chisporretera y un temperamento volcánico, pronto al delirio amoroso, al tropezar con un hombre dispuesto a jugarle la vida para realizar su deseo. Este era él, y como la muchacha se le entregase, sobornar al ayuda de cá-

ja de la joven, por obra, sin duda, de sagaz Pernetas que desde fuera dirigía la comedia para ganar días, y a reserva de hacer punto y aparte cuando le conviniera, fueron transcurriendo, picado lord Francis en su amor propio y la chica fingiendo unas blanduras de su ánimo, muy otras de su verdadero sentir.

—Pero, hombre—exclamó don Feliciano—, eso no acaba nunca.

—Ahora viene el final—repuso Peñuelas—. «Ya perdida la esperanza de hallar al inglés, recibió el duque, por mano de su aperador, una carta que, poco más o menos, era del tenor siguiente:

«Respetable señor duque: He guardado tanto tiempo a su amigo porque, al tanto de lo que voy a decirle, tenía que disolver mi gente y arreglar mis asuntos. Dentro de este pliego va una petición de indulto, redactada por el maestro de escuela de mi pueblo, que sabe tirar de pluma como un escribano. Vucencia, tan poderoso y tan influyente hasta con Su Real Majestad, haga correr mi solicitud y consiga que las autoridades echen sobre mí la capa del olvido, seguros todos, incluso la Reina (q. D. g.), de que no he de volver a las andadas. Quie-

GABINETE ELECTRO-MEDICO PALACIO DE EXPOSICIONES

Florida, 1.—De 4 a 7

Esto leemos en la placa que tiene en su Clínica el doctor D. Francisco López-Prieto, caballero de la Orden civil de Beneficencia de primera clase, y subimos a visitarle. Esperamos en la sala de visitas, en donde el numeroso público que allí había hablaba encomiásticamente de sus procedimientos. Se dedica ha tiempo al tratamiento de las enfermedades por los medios fisioterápicos; tiene un magnífico gabinete de Rayos X, Electricidad, Diatermia y Radium, según los últimos adelantos científicos.

—¿Por qué trabajos de su especialidad tiene preferencia?—inquirimos.

—Por todos—nos dice muy amablemente—: las Radiografías me gustan mucho; pero más aún el tratamiento de los tumores malignos por los Rayos X, pues aun cuando no todos los casos se curan—dice con dolor—, en otros se observan verdaderas resurrecciones. Otra de las enfermedades—prosigue más animado— por cuyo tratamiento siento predilección, es el reumatismo, pues con los medios

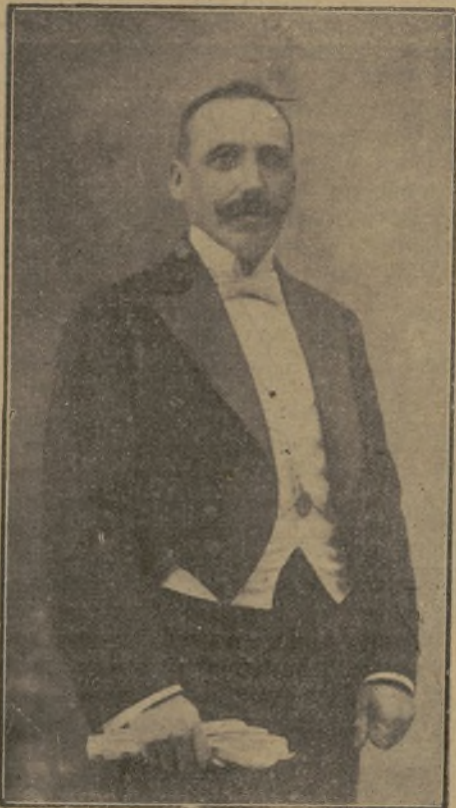
por nosotros empleados son muchos los enfermos que teniendo sus miembros reducidos a la impotencia, al ser tratados han recuperado la energía de éstos, pudiendo dedicarse nuevamente a sus habituales ocupaciones.

—¿Y qué otras enfermedades se curan por estos medios?

—Son varias: una, en la que se obtienen sorprendentes resultados por medio de la electricidad (radiando calor), es la blenorragia, de lo que se van convenciendo los pacientes, por el gran número de los que a dicho tratamiento deben una curación fácil y rápida; por último, entre otros, hemos obtenido grandes éxitos en el tratamiento de la tos ferina.

Después de visitar la espléndida instalación, y visto hermosas Radiografías, nos despedimos, encantados, del doctor y su Clínica, no sin habernos éste ofrecido la misma y su casa particular en Santa Isabel, 7.

Reciba el ilustre doctor, por todo lo antes dicho, nuestra más sincera enhorabuena.



PALACIO DE EXPOSICIONES

(Palacio de Hielo)



Instalación de la casa Manuel López ♦ Muebles de lujo ♦ Serrano, 17

Magnífico salón dorado de estilo Luis XVI, con auténticos tapices d'Aubusson reproducción exacta de los que existen en el Palacio del Eliseo, y una suntuosa cómoda en caoba y bronce, copia de la de los salones de Versailles. Completan el buen gusto y mérito artístico de esta habitación un original sillón bergère y un pie de lámpara, así como un tresillo de estilo inglés cuya tela jacobina que lo cubre es digna de admiración.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.251

AGUAS DEL INCIO-BÓVEDA (LUGO)

PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS). COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exigen marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)